

Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

VI. LA CARIDAD: EL FUEGO DEL CORAZÓN DE CRISTO

1)	INTRODUCCIÓN	1
2)	EL FUEGO: CRISTO NOS INTRODUCE EN SU AMISTAD CON EL PADRE.....	2
3)	EL CAMINO DE LA CARIDAD: AMAR AL HERMANO HACIA EL AMOR DE DIOS.....	3
4)	LA MORADA DE LA CARIDAD: AMAR A DIOS, AMANDO AL HERMANO	4
5)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO CONYUGAL.....	6
6)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO EN EQUIPO.....	6
7)	PRÁCTICA.....	6

1) *Introducción*

De los temas de enero y febrero sabemos, por un lado, que el corazón viviente de Cristo está lleno de afectos: alegría y compasión, audacia y esperanza. Sabemos, además, que participamos de los afectos de Jesús gracias a los sacramentos. Ellos transforman nuestros amores, deseos y gozos según el amor, deseo y gozo de Jesús.

Ahora nos preguntamos: para tantos afectos que Jesús nos comunica, ¿hay un centro de unidad? ¿Qué hace que estos afectos no ardan impulsivamente, consumiéndonos, sino que calienten y fortalezcan? ¿Qué da a su fuego una luz penetrante para alumbrar el camino de la vida?

Al mirar al corazón abierto de Cristo entendemos que ese fuego es la caridad, es decir, el modo de amar que Jesús inventó y que nos predicó en palabra y obra. Mirar a Cristo desde el corazón es mirarle desde la caridad, donde se unen, como los dos brazos del madero de la cruz, el amor de Dios y el amor del prójimo.

Jesús nos ha comunicado este fuego al darnos su Espíritu Santo. Este es el fuego que une a los hogares, que da energía al misionero, que ilumina al doctor, que presta paciencia al mártir. Por este fuego se reconocía a los primeros cristianos: “mirad cómo se aman [...] cómo están dispuestos a morir el uno por el otro” (Tertuliano, *Apologético* 39). Desde este fuego se entiende lo que somos y lo que estamos llamados a ser.

2) El fuego: Cristo nos introduce en su amistad con el Padre

Busquemos, pues, el fuego más hondo del corazón de Cristo. Lo que encontramos es el celo por su Padre, que le consumía desde niño, cuando se perdió en el templo. Este fuego le impulsaba a levantarse a orar cuando estaba oscuro. Este fuego le hacía esperar con ansia la hora de su entrega, hacia el cáliz que le daba su Padre. Jesucristo fue toda su vida un “hombre para el Padre”.

Este fuego es, por tanto, el amor filial de Cristo hacia el Padre, que ha dado al Hijo todo lo que el Padre tiene y es. A su vez, el Hijo responde también al Padre, entregándose a Él. Por eso puede definirse este fuego como un amor de amistad, ya que la amistad es un amor recíproco, es decir, los amigos comparten un bien que se dan y reciben mutuamente. A los amigos les une algo que ven juntos y por lo que trabajan juntos.

Por eso, según sea de grande este bien, así será de grande la amistad. Las personas pueden ser amigos porque se reportan utilidad o placer, que son distintos bienes. Pero la amistad plena se da cuando el bien que se comparte es un bien que vale por sí mismo, un bien bello y noble, más allá de nuestra utilidad y placer. En el caso del Padre y del Hijo esta amistad es insuperable, porque el Padre entrega al Hijo, y el Hijo devuelve al Padre, la plenitud total de Dios.

Por ser Cristo Hijo de Dios, esta amistad es eterna, sin principio o fin. Pero desde que el Hijo se ha encarnado esta amistad la vive también al modo humano. El intercambio entre el Padre y el Hijo abraza ahora la humanidad de Jesús. Jesús inventa un modo nuevo de amar a Dios: con corazón de hombre. Dios vuelva todo su amor de amigo en el corazón de su Hijo. Esta amistad con Dios vivida a modo humano es la caridad.

De hecho, cuando san Pablo describió la caridad en su primera carta a los Corintios (*1Cor* 13), no pensaba en un amor ideal, imposible de conseguir. El himno a la caridad no es la meta bella, pero inalcanzable, que algunos insensatos eligen de lectura para el día de su boda. Se trata de un amor real, que ha sucedido, que se ha puesto por obra: el amor de Cristo. La prueba es que, si donde dice “caridad”, ponemos “Jesús”, todo encaja: “Jesús es paciente, es benigno; no es envidioso, no se jacta, no se hincha...”

Pues bien, por ser Jesús hermano nuestro, nos incluye en este modo de amar. Entre los bienes que el Padre da a su Hijo, estamos nosotros, los que el Padre “le ha dado” (cf. *Jn* 17,6-12). Cristo muere por nosotros para transformar nuestro corazón y que podamos amar al Padre como Él lo ama. Quedamos entonces inmersos en la corriente de amor entre el Padre y el Hijo. Y podemos nosotros también participar de esta amistad con Dios.

Esta amistad con Dios, decíamos, es la caridad, que “se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (cf. *Rom 5,5*). El Espíritu Santo tiene como nombres “amor” y “don”. Él es el amor en persona, que une al Padre y al Hijo. El Espíritu se derramó poco a poco sobre el corazón de Jesús durante su vida, asociando todos sus amores humanos al amor del Padre. Y, desde Cristo, el Espíritu se derramó sobre nuestros corazones, inspirando en ellos la caridad de Cristo, que nos une al Padre y entre nosotros. ¿Qué caminos abre la caridad en nuestra vida?

3) El camino de la caridad: amar al hermano hacia el amor de Dios

La Edad Media comenzó con la tradición de pintar todas las virtudes: la justicia con su balanza, la fortaleza con su escudo, la fe con su cruz y su cáliz. Las pintó como bellas mujeres, pues la virtud hace bella nuestra vida. ¿Y cómo se representó a la caridad?

Al principio era una mujer que repartía con abundancia dones a los pobres. De este modo se acertaba con un aspecto importante: la caridad se desborda en amor al prójimo. Pero en este icono no estaba claro el fuego último que vivifica a la caridad. San Pablo mismo dice que puedo repartir a los pobres todos mis bienes, y no tener caridad (1Cor 13,3).

Por eso enseguida se desarrolla otra representación. Ahora se la pinta como una mujer que lleva en la mano un corazón ardiendo como en la representación de Ambrogio Lorenzetti (QR). Zurbarán la pintó luego con un corazón en la mano y recibiendo de lo alto el Espíritu (QR). El centro de la caridad es el amor con que Dios nos ama, que enciende en nosotros su ardor. La caridad puede amar al prójimo porque primero se llena del amor de Dios.

Esta referencia a Dios explica que san Pablo presentara la caridad como un camino: “yo os voy a mostrar un camino mejor” (1Cor 12,31). La caridad es un don, y un don dinámico, que nos lleva hasta Dios.

Es verdad que en la caridad se unen los mandamientos del amor a Dios y al prójimo. Pero la primacía es el amor que Dios nos tiene. Pues cuando amamos al hermano con caridad lo amamos desde la fuente del amor de Dios. Me lo ha confiado Dios y Dios me da la fuerza para amarle. Amar a nuestro cónyuge, hijos, padres, hermanos, es mirarlos como un don que Dios nos confía. Y es amarlos desde el manantial que Dios abre en nosotros para que les amemos.

Además, amar al hermano con caridad es amarle *hacia* Dios. Solo Dios es el descanso último de nuestro corazón. Sería un error amar a nuestro esposo o a nuestra esposa como si ellos fueran a colmar nuestro corazón o nosotros el suyo. Quien obra así, pronto queda defraudado. Y lo mismo puede decirse de los hijos. No podemos pedirles todo su amor ni pretender colmar todas sus necesidades, pues eso solo corresponde a Dios. La tarea de los padres es recibirles como don de Dios y educarles para el culto de Dios, para que encuentren su plenitud en Él. Amarles con caridad es amarles para que puedan llegar a Dios. Amamos de verdad a nuestros hijos o padres cuando reconocemos su vocación, que es vocación al amor de Dios. Amar a alguien es conocer la razón por la que ha sido creado: la unión con el Padre.

Esto es lo que significa “amar al prójimo como a nosotros mismos”. Queremos para el prójimo lo mismo que queremos para nosotros: queremos a Dios. Así amamos también a los enemigos: les amamos para que se conviertan en amigos de Dios y, por tanto, en amigos nuestros. Nuestro amor quiere tocarles y despertarles para que entiendan la grandeza de vida a la que están llamados en Dios.

Vamos a ver ahora que la caridad, además de ser camino que viene de Dios y nos lleva a Él, es también una morada, en que Dios se hace presente en medio de nuestras relaciones.

4) La morada de la caridad: amar a Dios, amando al hermano

La imagen de la caridad como corazón que arde se completa con la presencia de Cristo. Así ocurre en una pintura del Giotto (QR): la caridad recibe de Jesús su corazón ardiente, y luego se lo entrega a Él. Como hemos visto, para que pudiéramos participar del amor a Dios, su Hijo se ha hecho hermano nuestro y su amor se nos ha entregado al modo humano, atravesando nuestros afectos. Antes de que se representase el corazón de Jesús en el siglo XVIII como un corazón que se nos muestra, ya aparece desde el siglo XIII como un corazón que nos transforma por la caridad.



Gracias a Cristo, al amar al hermano, estamos ya amando a Dios, pues Cristo, Hijo de Dios, es nuestro hermano, que se ha unido con todo hombre. Si la caridad es camino, en Cristo la meta se anticipa, y se hace presente cuando amamos corporalmente a nuestros hermanos.

Otras representaciones de la caridad muestran esta capacidad para tocar nuestra carne. La caridad es una madre que está dando el pecho a varios hijos. En algunas imágenes (como Giovanni di Balduccio: QR) les da de mamar de su corazón que está en llamas, mientras la madre mira hacia arriba, hacia la fuente del fuego: Dios. El amor que viene de Dios se hace fuente para encender el amor en los hombres. Otra imagen, de los desposorios de san Francisco con la Dama Pobreza (Giotto), muestra también a la caridad que da su corazón a los esposos (QR).



Es interesante que estas imágenes vienen del ámbito familiar. La familia es un lugar privilegiado para ver cómo el amor de Dios se nos da ya en el encuentro concreto con el hermano. Este encuentro se hace espacio donde la caridad puede ya habitar y plenificarnos.

a) En el matrimonio, Cristo capacita a los esposos para que se amen como Él ha amado a la Iglesia. Al entregarse mutuamente en el cuerpo, en cada situación sencilla de la vida familiar y de la educación de los hijos, se confieren mutuamente el amor del Padre. Juan Pablo II llamó a esta forma de amarse “caridad conyugal” (*Familiaris Consortio*, 13). Es una amistad con Dios que se expresa a través del cuerpo de varón y mujer, en la unión conyugal, en el conjunto de una vida común. Gracias a la caridad, no son solo una sola carne, sino también “un solo Espíritu”, porque les une el mismo Espíritu Santo. Dante, al encontrar a Beatriz a la puerta del Paraíso, vestida del rojo de la caridad, dice que sintió “los signos de la antigua llama”, es decir, sintió el amor pasional que experimentó por Beatriz en la tierra.

Según el alto poeta, los afectos no son eliminados por la caridad, sino asumidos, purificados, plenificados en ella.

b) Está también el amor de los padres a los hijos, transformado en la caridad. Se nos ha dado una caridad paterna y materna, que nos permite transmitir a nuestros hijos la presencia del Padre. Al bautizarles, encendiendo para ellos la vela de la fe, les mediamos la paternidad de Cristo y de la Iglesia. Y también los hijos son para los padres epifanía y presencia de Dios, pues Dios vive en los hijos y desde ellos renueva a los padres. La imagen de Giovanni di Balduccio, en que la caridad da de mamar a los hijos el fuego del corazón, es también un icono de la maternidad cristiana, y de toda comunidad educativa.

c) Esta representación de la caridad como amor de Dios que llena todos los amores humanos, toca también a nuestros hermanos y conciudadanos. Ambrosio Lorenzetti, en su *Alegoría del buen gobierno* de Siena, representó a la caridad encima del gobernante, es decir, de quien se cuida del bien común (QR). La caridad vivifica nuestra vida juntos, habitando sobre todo en la Iglesia y, desde la Iglesia, expandiéndose a toda la sociedad.



Entendemos así, como decíamos, que la caridad, además de ser camino hacia Dios, es ya morada suya entre nosotros. El cielo, que es la amistad con Dios, se nos ha anticipado en la tierra al amarnos mutuamente en Cristo. Cuando lleguemos, cambiará la intensidad y la entrega, pero no cambiará lo que amamos ni el modo de amarlo, que seguirá siendo igual: el de una amistad con Dios que se nos entrega en su Hijo Jesús. Por eso la caridad, que empieza aquí, no pasa nunca (1Cor 13,8).

Hemos visto, por tanto, que la caridad asume nuestro amor humano, incluyendo el cuerpo y los afectos, para que podamos amar en el cuerpo a la medida de Dios. De hecho, el himno de la caridad de san Pablo se encuentra en la primera carta a los Corintios, la cual subraya cómo Dios actúa en el cuerpo del creyente. En el capítulo 6 de esta carta san Pablo nos recuerda que nuestro cuerpo es un templo, porque el Hijo de Dios se ha entregado por nosotros y nos ha unido a sí. Luego, en los capítulos 10 y 11 san Pablo habla de la Eucaristía, que nos une en el cuerpo de Cristo. Más adelante, en el capítulo 12 se describe a la Iglesia desde la unidad del cuerpo, donde somos todos miembros de Cristo.

Es entonces cuando aparece el himno a la caridad del capítulo 13. El contexto nos ayuda a entender que esta caridad nace porque Jesús ha tocado nuestro cuerpo y nos ha conformado a su amor, introduciéndonos en su familia, la Iglesia. Inspirada en este texto decía santa Teresita del Niño Jesús que, si la Iglesia es un cuerpo, la caridad es el corazón que mueve a todo el cuerpo.

Pero la cosa no acaba aquí. Siendo morada, la caridad no deja de ser camino hacia la plenitud en Dios. En el capítulo 15 de la carta a los Corintios habla san Pablo de la resurrección del cuerpo. Vivir la caridad es dirigir toda la vida hacia la plena amistad con Dios, que es el Dios de la vida. Por la caridad, la inmortalidad de Dios se va depositando en nuestro cuerpo. Si vivimos en la caridad, nuestros amores humanos ya no son solo amores pasajeros, porque participan del amor

inmortal de Dios. La caridad “no pasa nunca” (1Cor 13,8), porque vivificará de Espíritu nuestro cuerpo resucitado (1Cor 15,42-46).

5) Preguntas para el diálogo conyugal

Tras la lectura del tema, leed juntos el Himno a la Caridad de San Pablo (I Cor 13).

- 1- ¿En qué momentos y cuestiones concretas de vuestra vida conyugal habéis experimentado que Dios “todo lo ha esperado, lo ha aguantado, todo lo ha creído...”? ¿Cómo se ha hecho presente la caridad de Dios en vuestro matrimonio, según lo expresado en la carta?
- 2- Y entre vosotros, ¿en qué momentos habéis experimentado el amor que se describe en la carta del uno hacia el otro?

3- Preguntas para el diálogo en equipo

1- La caridad es un camino hacia Dios. ¿Cómo cambia el amor que tengo a mi familia, si lo miro desde el punto de vista de la caridad? ¿Qué nueva meta aporta la caridad a mi matrimonio? ¿Y a la educación de mis hijos?

2- La caridad nos introduce en un amor que nos supera y nos desborda. ¿Puede una familia con caridad no ser misionera? ¿A qué misión mueve la caridad? ¿Cómo nos abre la caridad a participar en Familias de Betania?

3- La santidad no es otra cosa sino la perfección de la caridad. ¿Qué significa ser santo para dos esposos, llamados a vivir la caridad conyugal? ¿Qué comparten, cuando se aman bien?

4- La caridad ama al enemigo, es decir, la caridad perdona. ¿Qué fuerza para el perdón familiar nos aporta saber que el amor viene de Dios y nos dirige a Dios?

4- Práctica

Recitar diariamente o semanalmente en familia la cuarta serie de Letanías al *Cor Jesu* insistiendo en la petición “¡haznos uno en tu amor!”